



JAVIER MILEI

CAPITALISMO,

SOCIALISMO

Y LA TRAMPA NEOCLÁSICA

De la teoría económica a la acción política



JAVIER MILEI

CAPITALISMO, SOCIALISMO Y LA TRAMPA NEOCLÁSICA

De la teoría económica a la acción política

 Planeta

ÍNDICE

PALABRAS PRELIMINARES	9
--	---

INTRODUCCIÓN

Un futuro mejor es posible	15
La libertad: llave de la prosperidad	49
Discurso en la Conferencia Política de Acción Conservadora (CPAC)	61
Discurso de inauguración del 142º período de sesiones ordinarias del Congreso de la Nación . . .	75

PARTE I

CAPITALISMO, SOCIALISMO Y LA TRAMPA NEOCLÁSICA

Una perspectiva desde la historia del pensamiento económico	105
Una perspectiva desde la teoría de crecimiento económico	133
Capitalism, Socialism and the Neoclassical Trap.	161
Una aplicación a los impuestos	181
Una perspectiva desde la política económica	201

PARTE 2

**UN MARCO ANALÍTICO SIMPLE PARA EL ANÁLISIS
MACROECONÓMICO Y EL CRECIMIENTO**

1. Estructura del marco analítico	223
2. Crecimiento, progreso tecnológico y capital humano	250
3. El ciclo real de equilibrio	262
4. El equilibrio macroeconómico	291

UNA PERSPECTIVA DESDE LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO

1. Introducción

En este capítulo me voy a referir al tema que presento como «Capitalismo, socialismo y la trampa neoclásica» y me propongo demostrar cómo los problemas que acarrea la estructura formal de la economía neoclásica derivan en el socialismo. Esto es, la teoría económica neoclásica facilita la intervención exógena de la economía y genera el siempre nocivo avance del Estado sobre los individuos. Para desarrollar este planteo comenzaré explicando la contribución de Adam Smith, cómo evoluciona la historia del pensamiento económico y, por último, cómo desemboca en la estructura formal neoclásica. Los problemas asociados a esta derivación, no solo tiene consecuencias en la visión estática que lleva a intervención y al socialismo, sino que además tiene consecuencias desde el punto de vista dinámico, lo cual se vuelve mucho más patente dentro de la literatura del crecimiento económico. Esto último, desde mi punto de vista, resulta la parte central del análisis.

Desde mi perspectiva, el eje medular de Adam Smith tiene que ver con una explicación de los procesos de crecimiento económico. De hecho, el libro más conocido de Smith hoy, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (que fue posible gracias a otra de sus obras, *Teoría de los sentimientos morales*, la que le permitió conseguir financiamiento para escri-

bir *La riqueza de las naciones*, como se la llama abreviadamente a esta obra dentro de la familia liberal), presenta un modelo de crecimiento económico. Dicha obra, que data de 1776 y que le demandó a su autor 10 años para escribirla, contiene un modelo de crecimiento económico que se adelantó más de 200 años a su época (ya que recién se encontró la primera solución de crecimiento endógeno en 1983 en la tesis doctoral de Paul Romer). En este sentido, Adam Smith es a la economía lo que Carl Friedrich Gauss a la matemática, alguien que se adelantó 200 años a su época.

Luego de exponer el aporte de Adam Smith, vamos a ver cómo se construyen las distintas críticas o supuestas refutaciones, cómo se edifica la teoría económica y los correspondientes problemas de diseño que empiezan a aparecer, los que, a su turno, terminan volcados en el análisis de equilibrio general, los cimientos de la microeconomía y el crecimiento económico. Así, dado el formato de la teoría económica, esto no es trivial, porque más allá de los problemas de diseño de la economía neoclásica que derivan en intervención, los mismo se hacen mucho más patentes cuando se trasladan al plano dinámico que implica el campo del crecimiento económico.

Yo suelo contar una anécdota cuando se tratan estas cuestiones. Una vez elegido Diputado Nacional por CABA y ya habiendo asumido, dado que había firmado el compromiso fiscal de no crear nuevos impuestos, ni subirlos y trabajar para bajarlos, correspondía con ello la entrega de un diploma. Como habíamos estado encerrados por la pandemia, no había sido posible entregar los respectivos diplomas de nuestros compromisos suscriptos con anterioridad. Cuando eso fue posible, se entregaron los diplomas en orden cronológico a la adhesión al compromiso y en el mismo orden se dan las exposiciones. Por consiguiente, a mí me toca exponer después del Dr. José Luis Espert. José Luis es

un liberal clásico cuyo pensamiento adhiere mayormente a la línea de la Escuela de Chicago. Cuando le toca exponer en el acto, dice que las existencias de los impuestos se deben a la necesaria financiación del Estado para corregir fallos de mercado. En otras palabras, Espert asume la existencia de supuestos fallos de los procesos de mercado y, con ello, consiente la existencia del Estado y los correspondientes impuestos. Después me tocó exponer a mí y expongo un contraargumento que estimé oportuno, necesario y medular. Mi testimonio se centró en subrayar que los fallos de mercado no existen y que, si alguien considera que hay un fallo del mercado en los procesos libres y voluntarios de la gente, mi sugerencia es que se asegure de que, en ese supuesto fallo, no esté inmiscuido el Estado. Si se hace ese chequeo y se concluye que el Estado no está en el medio, mi consejo es que revise su argumento porque yo considero que esa observación es incorrecta.

Naturalmente, participo de la visión alineada con la Escuela Austríaca que explica el punto refiriéndose a los procesos de toma de decisiones de los individuos. Desde esta óptica, el mercado es un proceso de cooperación social donde se intercambian derechos de propiedad voluntariamente. En ese proceso, se determinan los precios, los cuales son un mecanismo de transmisión de información, de coordinación y de ajuste. Entonces, siendo que los intercambios son voluntarios, evidentemente no tiene por qué existir el fallo del mercado; salvo que haya una acción violenta o coactiva que genere un vicio de nulidad. En este sentido, el único aparato represivo que comete ese delito, de modo sistemático, es el Estado.

A su vez, ello no quiere decir que no cometamos errores. De hecho, la realidad es que, siendo imperfectos, la acción humana también implica la existencia de error y que la equivocación es parte de un proceso en donde uno elige lo que cree *ex ante* que es

mejor. Los cursos de acción desacertados están dentro del proceso de toma de decisiones. No contamos con información perfecta y no controlamos todas las variables. Es corriente la aparición de un evento externo que no fue considerado en el criterio de decisión o que cambió sobre la marcha y nos llevó a un resultado no deseado. Lo que se debe comprender es que, en los procesos decisivos, el individuo elige los medios que considera mejor para conseguir sus fines. Pero, cada vez que aparezca una intervención estatal, el resultado de la intervención va a ser peor que el resultado que teníamos anteriormente. Este resultado lo podemos ver en la lógica de *Camino de servidumbre* de F. A. Hayek o se puede estudiar también en parte de la obra de Milton Friedman. Friedman sostiene que la solución de un gobierno a un supuesto fallo de mercado, termina siendo peor que lo que pretendía corregir. Esta es una referencia muy valiosa y reveladora dado que Friedman se ubica dentro de otra línea de liberales clásicos. También esta visión se puede ver en la línea del *public choice*.

Por lo tanto, ese es el elemento motor que va a estar siempre detrás de todo esto. En el fondo, una de las cosas que vamos a exponer en estas líneas es que, después del desarrollo de los modelos de equilibrio general y todos sus análisis, el modelo de McKenzie-Arrow-Debreau, entre otros, es estática y conceptualmente bellísimo. Sin embargo, los economistas neoclásicos se enamoraron tanto del modelo que cada vez que aparecía algo en la vida real que no mapeaba con el modelo, en lugar de tratar de corregir el modelo, lo llamaban «fallo de mercado».

Un modelo se supone que es una representación simplificada de la realidad. Puede ser muy lindo, pero si no se ajusta a la realidad, se corre el riesgo de caer en la necedad de pretender adaptar la realidad al modelo. Supongamos que tengamos en nuestras manos un mapa el cual contiene escalas de caminos, puentes

y otras referencias logísticas. Ocurre que tiene lugar un terremoto en la zona de esa referencia y, como resultado del sismo, una cantidad importante de puentes desaparece y muchas rutas quedan anegadas. Si no actualizo la carta al nuevo escenario, no va a poder llegar a destino quien se guíe por esa referencia. Esto podría ser una buena analogía para lo que queremos poner de relieve. Cuando la realidad no mapea con el modelo, se debería modificar el modelo para que sirva para algo. El problema radica en esa falta de correspondencia. Los economistas neoclásicos pretenden resolver el asunto llamándolo fallo de mercado e, inexorablemente, eso conduce a la intervención del Estado y a escenarios sub-óptimos. Si bien esto es grave en términos estáticos, resulta peor en términos dinámicos porque esos modelos dejan de tener sentido y se vuelven caricaturas ridículas.

Eso es lo que va a estar en el corazón de esta exposición. Puesto en términos más simpáticos, muchas veces suelo plantear: ¿a alguien le parece que Robert Barro o Sala-i-Martin no son liberales? Sus libros son maravillosos, pero están metidos en el concepto neoclásico y eso abre ventanas a la intervención; claramente un problema del diseño de la teoría económica. En sus clases, lo han señalado bien Adrián Ravier, Landoni, y está en varias presentaciones de Martin Krause. Si se accede a un libro representativo de microeconomía intermedia (por ejemplo, el de Hal Varian), la palabra «empresario» no aparece. Aparece solo «empresa» cuatro veces. Por lo tanto, en la teoría neoclásica o la microeconómica o teoría de los precios, hay una forma muy precaria de tratar el rol del empresario; algo que la Escuela Austríaca pone en el centro de la escena.

2. Primero los datos

Dada esta pequeña introducción y lo que arriba expuse, tendríamos que prestar atención ahora a los datos a efectos de ver cómo entendemos estas cosas, qué sentido tienen, por qué la teoría económica se inició con un enfoque para después terminar en otro distinto. Estos interrogantes son los que me propongo resolver a continuación.

El primer punto es lo que en la teoría de crecimiento económico se denomina el palo de hockey, que no es ni más ni menos que una serie que grafica el PBI per cápita desde el año 0 de la Era Cristiana hasta el año 2000. Se llama así justamente porque la curva de este gráfico tiene la forma de un palo de hockey: acostado le queda la parte del mango y, sobre el final, empieza a subir de manera abrupta. Desde el año cero hasta 1800, el PBI per cápita casi no se había movido, subió solo 48%, algo así como el 0,02% anual compuesto. Es decir que, para duplicar el PBI por habitante al ritmo que traía la evolución de la humanidad, se hubieran necesitado 3500 años. Además, si se pone especial atención en dicha evolución, ese 48% que subió, en realidad ocurre recién en el siglo XVI, posterior al descubrimiento de América.

Ahora bien, cuando se estudia lo ocurrido entre 1800 y el año 2000, ahí el PBI per cápita se multiplica por 9,2 veces. Esto quiere decir que, en los 200 años se multiplicó por 13,6 veces, pero, mientras solamente sube 48% en los primeros 1800 años, se multiplica 9,2 veces (o sea un 820%) en solo 200 años. Eso es muy interesante porque no hay que perder de vista que el mundo alcanza una población de 1.000 millones de seres humanos en 1810 y, para el año 2000, la cantidad de personas en el planeta ascendía a 6.100 millones. No es un tema menor porque mientras la población se multiplicó más de 7 veces en los últimos 200 años,

la producción se multiplica por más de 9 veces, es decir, el PBI mundial creció 63 veces. Al mismo tiempo, cuando ustedes toman la cantidad de seres humanos viviendo debajo de la línea de extrema pobreza, esto es, viviendo con menos de 1 dólar diario, en 1810 el 95% de la población caía debajo de dicha línea, mientras que para fines del siglo XX ese número había caído al 15% y a niveles del 5% previo a la pandemia de 2020 (con una población de 7.800 millones de habitantes).

3. Primeros síntomas del problema

Yo llevaba más de 23 años dando clases de microeconomía y equilibrio general. Cuando se observa la evolución de los datos, lo primero que salta a la luz es que, en estos procesos, hay rendimientos crecientes. Si se multiplicó por 7 la población y el Producto Bruto creció en términos per cápita más de 9 veces, quiere decir que, agregando trabajo, la productividad fue creciendo más que proporcionalmente. Sin embargo, frente a los rendimientos crecientes, en el análisis neoclásico, la microeconomía convencional, ello implica estructuras concentradas de mercado (en el límite monopolios), y por ende no existe eficiencia u óptimo de Pareto. Por lo tanto, la teoría neoclásica infiere que eso constituye un fallo de mercado y que por ende requiere de la intromisión estatal para regular monopolios que se asumen como dañinos.

En ese contexto, las preguntas que caben son ¿cómo puede ser que, algo que para la teoría económica es malo, haya sacado tanta gente de la pobreza y a su vez haya multiplicado tanto la riqueza? ¿Cómo puede ser que la teoría económica considera que el fundamento detrás de eso es malo? Resulta verdaderamente inexplicable y muy perturbador. De hecho, a lo largo de mi carrera, fui

cambiando mis visiones, porque básicamente —como a la gran mayoría de los economistas en Argentina— me formaron como un postkeynesiano o un estructuralista. Con el paso del tiempo uno va tomando distintas posiciones, va aprendiendo, evolucionando y cambiando. En ese continuo proceso evolutivo, decidí dedicarme al crecimiento económico. Francamente estaba cansado de lidiar con el instrumental de la teoría económica versus la realidad. Fue entonces que decidí focalizarme en periodos más largos y desentenderme de la coyuntura con la esperanza de que el paso del tiempo pusiera las cosas en su lugar. De hecho, hoy, todo el análisis económico moderno está planteado en términos intertemporales recurriendo a distintos métodos para analizar la coyuntura respecto al sendero.

Para aquellos que quieran ver cómo hago esa bajada de los modelos de crecimiento a la coyuntura, se puede leer en la Parte 2 de uno de mis libros que se llama *Pandenomics* donde, ello se hace a la luz del modelo de Solow, su equivalencia en un Ramsey en tiempo discreto y los modelos de *real business cycle*. Por ejemplo, Robert Barro hizo esto en dos libros. Uno en el libro original de Macroeconomía y otro más moderno que directamente arranca del modelo de crecimiento de Solow y baja a la coyuntura desde el mercado laboral. En mi caso, del modelo de Solow bajo a la coyuntura por el mercado de capital, o sea, capital físico. Eso permite analizar con más flexibilidad e ingresar de mejor manera el problema de la firma, que en el fondo es una manera más satisfactoria de enfocar el problema del empresario.

A nadie se le ocurriría catalogar de socialistas a los autores que mencionamos. Sin embargo, terminan desarrollando modelos que son funcionales al socialismo. Eso es verdaderamente algo que desorienta. Frustra ver que algo que era tan positivo para la humanidad sea tratado como algo malo por la teoría económica

neoclásica. Esa desilusión me llevó a conocer la Escuela Austríaca. Una persona que trabajaba en mi equipo me acercó el artículo «Monopolio y competencia», que está en el tomo 2 del libro *El hombre, la economía y el Estado* de Murray Rothbard. Eso fue para mí revelador. Este artículo está traducido por el padre de Alberto Benegas Lynch (h.), al que yo reconozco como el prócer máximo de la libertad. El tomo 3 es *Poder y mercado*. Yo recomiendo enfáticamente ese libro, junto a *La acción humana* de Ludwig von Mises. Deben ser los libros más reveladores dentro de lo que ha sido mi formación.

Volviendo a lo que quería señalar respecto del crecimiento, el tema central es notar que, en la observación de la evolución de los datos, el crecimiento se acelera. Como hemos apuntado, del año 0 al 1800, crecía muy poco; en el siglo XIX, la tasa saltó a 0,66% anual compuesto. A ese ritmo, para duplicar el PBI, se requerían 107 años. Ahora bien, entre 1900 y 1950 la tasa pasa a 1,66% anual compuesto. Por consiguiente, se pasa a necesitar 66 años para duplicar el PBI per cápita. Y, si tomamos de 1950 al 2000, eso da 2,1% anual compuesto. Para esos niveles de crecimiento, se necesitan 33 años para duplicar el producto per cápita. Si nos detenemos en lo que pasó en el siglo XXI, es muy llamativo porque el mundo creció en términos per cápita al 3% necesitando solo 23 años para duplicar el PBI per cápita con los actuales niveles de productividad y crecimiento demográfico. ¿Cómo puede ser entonces que, desde el punto de vista de la teoría económica, se considere que eso es malo? ¿Dónde está el problema de haber tenido que modificar la definición de pobreza extrema porque el número es muy pequeño? Entonces, hay algo acá que no está funcionando bien.

4. Rastreado el origen del problema

4.1. EL OPTIMISMO DE SMITH

Lo que voy a tratar de explicar es dónde creo que están los errores en la teoría económica y por qué los únicos que tienen bien enfocado el problema son los austríacos. Para demostrar esto, decidí empezar metodológicamente por Adam Smith porque lo que uno puede observar en *La investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* es que, más allá del error de la teoría del valor trabajo, el corazón del trabajo es un modelo de crecimiento económico.

Cuando ustedes estudian el caso de *La riqueza de las naciones*, aparecen dos ideas fuerza, dos elementos muy importantes y que, a la luz de la contribución de Pareto entendido en la lectura matemática que hacen los neoclásicos —que además es incorrecta—, va a derivar en todos estos problemas de la definición de los fallos de mercado. Esas dos joyas conceptuales son la mano invisible, que se basa en la idea de que cada uno, guiado por su propio interés, conduce al máximo bienestar general; y la idea de la fábrica de los alfileres, que explica de un modo maravilloso los rendimientos crecientes vía la división del trabajo.

Lo que Adam Smith explicaba de forma muy extensa es que, si alguien se propone fabricar alfileres en soledad, aun siendo muy bueno y experto en ello, puede producir 20 unidades por día. Y lo que explica el economista escocés es que, cuando se fracciona la actividad vía la especialización, donde cada uno se ocupa de cada una de esas actividades, la producción en términos per cápita aumentaba a 5000. Entonces, habiendo aumentado la cantidad de trabajo y la producción, los resultados son exponencialmente superiores. Eso se llama técnicamente rendimientos crecien-

tes a escala. Sin embargo, para los neoclásicos, a la luz de la interpretación de Pareto sobre la idea de la mano invisible, se ven en un conflicto entre elegir la mano invisible o los rendimientos crecientes (funciones convexas que no admiten un máximo). Lo que resuelve esta línea de pensamiento, es rechazar el concepto de la fábrica de alfileres y solo suscriben la idea de la mano invisible. Como consecuencia de eso es que, en términos de desarrollo, no pueden explicar el crecimiento económico.

Robert Lucas Jr afirmaba que «las consecuencias que este tipo de cuestiones entrañan para el bienestar humano son socialmente estremecedoras, una vez que uno empieza a pensar en ellas es difícil pensar en cualquier otra cosa». Cuando leí la cita por primera vez en algún libro de crecimiento económico pensé que, como todos los profesores, se trataba del caso de un académico que está convencido de que su materia es la más importante. No obstante, cuando me puse a estudiar estos temas, me invadió el mismo sentimiento.

Hay que tener la perspectiva suficientemente amplia y la capacidad de valorar el aporte de Adam Smith para hacer el ejercicio intelectual de preguntarse por qué los neoclásicos han decidido tomar el camino que tomaron al enfrentarse al dilema que les deja planteado Pareto y la elección entre la mano invisible y la fábrica de alfileres. El problema central es que, sin fábrica de alfileres, no hay rendimientos crecientes y, sin rendimientos crecientes, no hay «palo de hockey», esto es, no hay crecimiento (más allá de la convergencia).

Por lo tanto, lo que voy a tratar de explicar es que la mano invisible y la fábrica de alfileres son dos conceptos complementarios e inseparables para demostrar el crecimiento que Adam Smith anticipara. Pero lo maravilloso de Adam Smith es que su contribución no se quedó en esas dos ideas. Una de las cosas que ex-

plica Adam Smith es la idea del *learning by doing*, y el progreso tecnológico. Las personas haciendo su trabajo, en la medida que más lo hacen, aprenden mejor acerca de las habilidades sobre la tarea. Por otro lado, en algún momento, el dominio de la ocupación y el ingenio, gestan una forma de ahorrar trabajo que resulta en lo que llamamos progreso tecnológico. Esto permite hacer lo mismo con menos trabajo o, con el mismo trabajo, poder hacer más. Como consecuencia de estos dos factores, no solo hay una evolución creciente del producto bruto per cápita, sino que además se produce un salto tecnológico que permite mayor productividad con el mismo trabajo.

Adam Smith no solo se adelantó 200 años a su tiempo, sino que el modelo de Adam Smith tenía como motor al ahorro como fuente de financiamiento de la inversión y el mecanismo para incrementar el producto bruto per cápita. La cuestión del ahorro y la inversión en un modelo al estilo Solow-Swan, lo único que hace es modificar el nivel de producto per cápita al modificar la relación capital-trabajo de equilibrio, pero no modifica la tasa de crecimiento en el estado estacionario. Por otra parte, lo que se encuentra es que los modelos de crecimiento endógeno (teorías modernas) es que las modificaciones en el ahorro tienen impacto sobre la tasa de crecimiento de estado estacionario.

Las bases de los elementos que explican el crecimiento económico están en Adam Smith. Hay una frase de George Stigler, Premio Nobel de Economía, que es muy ilustrativa para poner de relieve la magnitud del aporte académico y a la civilización de Adam Smith. Stigler dice «todo está en Adam Smith». Aunque es una exageración, lo que Stigler pretende destacar es su visión notable sobre un tema clave. Hay que tener en cuenta que el libro de Smith lo empieza a escribir en el año 1766 y lo termina en 1776 y, para entonces, no había ningún tipo de evidencia em-

pírica para hablar de la curva de rendimientos crecientes ilustrada en el concepto del palo de hockey que explicamos más arriba. La vida del ser humano era absolutamente chata y la única mejora que ocurrió fue después del descubrimiento de América y se agotó en un siglo. Es decir, toda esa mejora de productividad fue absorbida por un mayor tamaño de la población. Esos pequeños saltos de crecimiento y absorciones debido al factor demográfico fue lo que ocurrió hasta la Revolución Industrial.

Hay un libro maravilloso de Charles Jones y Dietrich Vollrath de crecimiento económico, que se llama justamente *Introducción al crecimiento económico*, en el que presentan el problema de forma brutal. En la segunda edición de dicha obra, la tapa del libro tiene la foto satelital nocturna de Corea del Sur y Corea del Norte donde el sur está todo iluminado y el norte es todo oscuridad. El planteo de la obra de Jones y Vollrath es modelar el proceso de producción. No es un trabajo de lo más feliz desde nuestra perspectiva, pero, desde el punto de vista de la generación de modelos que terminan en un determinado resultado, es maravilloso. Es la explicación matemática para explicar el «palo de hockey».

Podemos tener una discusión entre el modelo de Ramsey y el modelo de Solow, pero en el estado estacionario son iguales, en la convergencia son iguales y no difieren mayormente porque tienen la misma estructura productiva, el mismo formato de la función de producción. Nótese que el modelo de Solow es bastante precario y keynesiano porque toma el ahorro como una función constante del ingreso. Por otro lado, el modelo de Ramsey toma una función de utilidad intertemporal y busca el sendero óptimo de consumo que maximiza el bienestar del individuo representativo. Parece que fuera una gran diferencia, pero, en el resultado final en términos de crecimiento, da lo mismo. Es decir, en el estado estacionario, el PBI está constante y todo lo que puede mostrar

de crecimiento es por convergencia de un determinado periodo. Se valen de premisas y procesos que se asumen como mecánicos. Ahí es donde tenemos nuestra crítica más fuerte y donde, cabalmente, Martin Krause refiere al libro de microeconomía de Hal Varian para poner de relieve que esa mirada académica carece de la referencia empresarial, omitiendo así un eje absolutamente central. Sin embargo, sirven como herramienta para observar qué proceso genera determinados resultados. El problema es enamorarse de la herramienta porque eso lleva a resultados ridículos, tal como ocurre con muchos resultados de la economía neoclásica.

A pesar de las críticas académicas que se puede hacer a los clásicos, lo que desarrolla Adam Smith lo adelantó 200 años —para ser exacto 207— y explicó anticipadamente lo que se inició con la Revolución Industrial. La vio antes. Se adelantó hasta que apareció Paul Romer con su tesis doctoral tutorada por Robert Lucas Jr. Entonces, lo más destacable es que Adam Smith escribió todo esto cuando todavía no existía el palo de hockey. El concepto gráfico del palo de hockey empieza a aparecer años después. En el contexto de su época, si no fuera por el prestigio que ganó con la teoría de los sentimientos morales, todos lo hubieran tratado de loco. Y, de hecho, Malthus y su ley de hierro sobre los salarios, básicamente lo que hace es romper la idea de la fábrica de alfileres.

4.2. EL PESIMISMO DE MALTHUS

Thomas Malthus sostenía que, en los procesos productivos, cuando se incorporan nuevas personas a los mismos, van a ir a trabajar a tierras menos productivas. Esto, según el autor de *Ensayo sobre el principio de la población*, da como resultado que cada unidad de trabajo que adicionan, el producto sube; pero menos que

proporcionalmente. Bajo estas consideraciones es que surge la idea de los rendimientos marginales decrecientes. Entonces ahora pasamos de una función de producción convexa a una con un formato cóncavo, donde la sucesión de incrementos en el trabajo genera aumento cada vez menos que proporcionales en la cantidad de producto.

Malthus desarrolla también la idea de la pasión de los sexos, la cual consiste en que, conforme aumentaba el ingreso de la gente, esta se reproducía más. El crecimiento de la población provocaba un decrecimiento del producto y, según Malthus, esa dinámica conducía a una escasez alimentaria, pensamiento asociado a lo que él llamaba la ley de hierro de los salarios. En otras palabras, cuando se tiene una producción debajo de ese equilibrio que estaba determinado por la función de producción y la pasión de los sexos, la producción y la población subían, pero llegaba un momento en que no habría más alimentos para todos. La teoría apuntaba que, si se llegaba a esas instancias, los salarios reales caían y la gente se moría por hambrunas. El modelo se ajustaba con la variable demográfica.

Ese modelo oscuro, triste y horrible, explicaba la historia de la humanidad con los datos de Madison del 0 al 1800. De hecho, los economistas le darían la razón a Malthus porque tomarían la referencia de lo ocurrido hasta el 1800 y, con esa evidencia empírica, proyectarían el modelo hacia delante para explicar lo que vino después.

Dicen que con el diario del lunes todos tenemos la lectura correcta de lo ocurrido. En este caso, solo después de 200 nos dimos cuenta de que el que tenía razón era Adam Smith. Para ahondar en el asunto recomiendo las maravillosas clases de Adrián Ravier donde explica la contribución de David Ricardo y de John Stuart Mill. Pero quiero solo remarcar cómo todo ese andamia-

je, termina llevándonos a la teoría de explotación de Rodbertus que es la base sobre la cual se apalanca Karl Marx para concluir en el concepto de la plusvalía. Ya sabemos todos los problemas que generó la puesta en funcionamiento de esas ideas. La buena noticia es que la historia del pensamiento económico evolucionó.

4.3. LOS NEOCLÁSICOS

En lo que se refiere a la teoría subjetiva del valor, hay tres autores muy relevantes: Carl Menger, William Stanley Jevons y Léon Walras. Y, partiendo de allí, se pueden tomar dos líneas de análisis. Una, es todo lo que viene detrás de la tradición de Menger, llámese Von Wieser, Von Böhm-Bawerk, Von Mises, Von Hayek, Rothbard, Kirzner, entre muchos otros. O pueden ir por la otra tradición de pensamiento, que es la de Walras. Léon Walras tiene una obra que desarrolla el modelo de equilibrio general donde una de las cosas que demuestra es que si $n-1$ mercados están en equilibrio, el restante lo está. Por lo tanto, si se tuviera n bienes, no se puede resolver en precios para n bienes porque hay una ecuación que es redundante. También se puede hacer una interpretación de la ley Walras como la restricción presupuestada agregada, interpretación que es muy útil para refutar la idea keynesiana del multiplicador, que no es ni más ni menos que un abuso de la matemática y que implica justamente violar la restricción presupuestaria.

Eso también tiene consecuencias en la forma de resolución del modelo. El modelo se resuelve en precios relativos, es decir, va a haber un bien que trabaja como numerario que es el que se utiliza para medir los demás bienes. También se puede explorar problemas de índole monetario como la neutralidad del dinero: si las funciones de demanda y de exceso de demanda son ho-

mogéneas de grado cero (es decir, que dependen de precios relativos), duplicar la cantidad de dinero duplicará los precios. Esto permite ver que, si todos los precios se multiplicaron por lo mismo, los precios relativos no cambiaron, por lo que no hay cambio en los elementos del lado real del modelo y por ende el dinero sería neutral. Estos elementos sirven para, por ejemplo, rebatir a quienes esgrimen el argumento de la inflación multicausal porque permite demostrar que no puede haber inflación en una economía de trueque.

Walras, a su vez, es quien empieza a enfocarse en el problema de la existencia, el problema de la unicidad y el problema de la estabilidad. Básicamente, el problema de la unicidad se resolvía en aquel momento mediante la linealidad. Entonces, ante un sistema de ecuaciones que resolvía en precios relativos con características lineales, eso les daba una solución existente y única. Por otro lado, Walras abordaba la idea de la estabilidad con lo que llamaba el proceso de tanteos (implícito en la idea del subastador walrasiano). Frente a un desequilibrio en un mercado, la ficción matemática del subastador walrasiano, se ocupa de corroborar su estabilidad; es decir, si frente a un shock que modifica las condiciones del equilibrio, la economía va a tender a ese equilibrio o no. Esto es lo que matemáticamente los economistas llamamos estabilidad o convergencia, o sea, partiendo de una situación inicial de equilibrio y la tendencia hacia delante. Entonces, producido un desequilibrio en un mercado, el subastador ajusta el precio. Ahora bien, ¿qué pasa cuando se toca ese precio en ese mercado? Le va a impactar a todos los demás mercados y va a aparecer un desequilibrio en todo el resto de los mercados, pero de menor magnitud. Cuando ese proceso se repite al infinito, desaparece ese desequilibrio y se llega al equilibrio general.

Quien mejor expresa esto es Paul Samuelson y lo deja de manifiesto en un libro que se llama *Fundamentos del análisis económico*, su tesis doctoral en Harvard. En ese libro, una de las cosas que explica es el principio de correspondencia y cómo esto tiene consecuencias sobre la estabilidad y hace que los efectos directos sean mayores que los efectos cruzados. Eso, en términos de la matriz que define la estabilidad del sistema dinámico, hace que el equilibrio sea convergente. Es casi obvio que los efectos directos superan los efectos cruzados. Por ejemplo, el precio del café afecta más a lo que pasa en el mercado del café que lo que pasa con el té o el azúcar. Eso tiene atrás un componente matemático que hace que los elementos de la diagonal principal del sistema de esas derivadas sean mayores en valor absoluto que todos los demás. El efecto directo es más fuerte que la suma de todos los indirectos del sistema. Eso constituye una matriz que hace que el sistema sea estable.

4.4. EL SINIESTRO PARETO

Mientras se estudiaba esto, aparece Pareto que se pone a estudiar las cuestiones de índole normativa. Pareto ha sido el mentor del populismo. Cuando desarrolla el análisis de la distribución del ingreso, descubre que debajo de la media está el 75% de la población, entonces le sugiere a Mussolini que su mensaje político sea que le va a sacar a los ricos su propiedad para dársela a los pobres. Ni más ni menos que lo que conocemos como la justicia social, esa idea electoralista que Hayek llamó democracia limitada.

Wilfredo Pareto desarrolló las propiedades del equilibrio en términos de bienestar, y ahí aparece la idea del óptimo de Pareto. Partiendo de una situación inicial, para mejorar la situación de alguien sin perjudicar a nadie, resulta lo que se llama una mejora

paretiana. El óptimo de Pareto es cuando no hay más potenciales mejoras de bienestar sin perjudican a otros. La vida real tiene más complicaciones y es más que probable que alguna de las restricciones gubernamentales estén construidas sobre otras. Por consiguiente, puede ocurrir que el efecto de levantar restricciones arroje como resultado algo peor. Sabemos que la fatal arrogancia de los políticos metiendo las narices en todo, todo lo rompen. Pero para atender estos escenarios es importante lo que abordo a continuación.

Cuando Pareto hace el análisis, el marco normativo es una situación donde se maximiza el bienestar basado en un criterio comparativo, es decir, las propiedades en términos de bienestar del sistema de equilibrio general. De ello deviene la mano invisible, que cada individuo guiado por sus intereses, conduce al máximo bienestar general. Si cada uno de los agentes es guiado por sus intereses, maximiza su bienestar, los consumidores maximizan su utilidad y las empresas, sus beneficios. De dichos ejercicios surgen las funciones de demanda y oferta de la economía. De ahí luego surgen las funciones de exceso de demanda, las cuales, si además esas funciones son continuas en un conjunto convexo y cerrado, esa función presenta un punto fijo y, en ese punto, existe el equilibrio. Como esto se da en un contexto donde los individuos y las firmas maximizan beneficios, el equilibrio en funciones no solo existe, sino que además es único, estable y es óptimo de Pareto. En ese equilibrio están todos los agentes maximizando, lo cual está alineado con la idea de la mano invisible. Hasta aquí, ese equilibrio no tiene conflicto con Adam Smith. El conflicto aparece en la idea de la fábrica de alfileres, cuando descarta la existencia de los rendimientos crecientes.

5. Rendimientos crecientes vs. optimalidad paretiana

A inicios del siglo XX, los economistas observan una mejoría en los niveles de vida de la población y empiezan a percibir el crecimiento económico, el crecimiento poblacional mundial y los primeros indicios del «palo de hockey». Se dan cuenta de que tienen un problema conceptual respecto de su propio enfoque. El primero que lo ve es Marshall. Alfred Marshall entiende que había un problema entre la mano invisible y la fábrica de alfileres para explicar el crecimiento. Para explicar el crecimiento —ya evidenciado—, se necesita la fábrica de alfileres, cosa que implicaría descartar la mano invisible desde su visión, algo inconcebible puesto que implicaría negar el orden espontáneo y la naturaleza misma del mercado.

Lo que plantea para resolverlo es que existen rendimientos constantes a escalas en las empresas lo cual permite la maximización. Además, si se asegura la estricta convexidad de las funciones, si se asegura que la función de utilidad sea estrictamente cóncava, eso va a dar que las funciones de utilidad generan curvas de indiferencias estrictamente circulares. Y si además se toma el supuesto de que no hay saciedad, tienen la forma que ven habitualmente en el tercer cuadrante en el esquema gráfico de los cuatro cuadrantes. Eso les permite resolver la maximización de la utilidad que, combinado con una función de producción lineal, va a ser tangente en un solo punto y va a existir una sola función.

Si bien las empresas tienen rendimientos constantes a escala, se asume que existe una externalidad positiva agregada en el capital. Ello hace que mientras que las empresas pueden actuar perfectamente en un modelo competitivo, las firmas puedan maximizar y la externalidad, generar rendimientos crecientes. De esa manera, pudieron explicar el palo de hockey. Sin embargo, esto

no es una solución, sino un truco matemático, un autoengaño. Era imposible explicar el crecimiento económico sin la fábrica de alfileres. La trampa en lo que los mismos neoclásicos se metieron, derivaron en absurdos divagues.

Por lo tanto, se necesitaba explicar cómo se crecía. Por consiguiente, se presentaron otras teorías como la de Joan Robinson referida a la teoría del monopolio. Chamberlain también ensaya su teoría de la competencia monopolista. Empiezan así a explorar qué había detrás de la teoría de la firma y dónde se reconoce que el proceso no es tan mecánico.

En paralelo a este debate, en el plano de la macroeconomía aparece el análisis de Knut Wicksell y de donde salen la Escuela Sueca, la Escuela de Cambridge y la Escuela Austríaca. Dichas escuelas van a discutir entre ellas sobre los sucesos de la década del '20: la discusión de Mises con Lange sobre el socialismo; las de Mises con los herederos directos de Hume en cuanto a la teoría cuantitativa, Irving Fisher respecto de los nexos de la política monetaria en los ciclos económicos, el debate entre Hayek y Keynes.

Claramente los austríacos podrían haber dado la solución a todo esto pero, llegada la década del '30 y más concretamente la gran depresión, la *Teoría general* de John Maynard Keynes destruyó el análisis económico desarrollando un panfleto en favor de políticos mesiánicos, ladrones y corruptos. Esto implicó una destrucción del marco analítico con el que se trabajaba, retrasando 40 años el desarrollo de la teoría económica, discutiendo asuntos sin sentido y desviando el debate en direcciones inconexas al tratamiento del crecimiento económico. Fue entonces cuando la economía dejó de discutir el crecimiento y comenzó a estar preocupada con los problemas de la gran depresión y el ciclo económico que poco tenían que ver con el crecimiento económico.

En medio del debate posterior a la Gran Depresión, surge el modelo de Harrod —que tiene mucho de keynesianismo—, el cual presenta de modo explícito todos los elementos que hacen a un modelo de crecimiento: la población y su crecimiento «n», una función de producción (para este caso de proporciones fijas «v») y la propensión al ahorro «s», donde los parámetros fundamentales del modelo (n, v, s) están dados de manera constante y determinados de manera exógena. Al equilibrio de ese modelo [$n/(s/v)$], Joan Robinson lo llamó «la edad dorada», donde dado que todos los parámetros son exógenos, ese equilibrio solo podría darse de pura casualidad, lo que la literatura denomina como primer problema de Harrod. Al mismo tiempo, el modelo presenta un segundo problema y es que ante cualquier perturbación el equilibrio resulta inestable. Frente a esto, Domar propuso entonces que desde el Estado se maneje la inversión y se controlen las variables para mantener esa «edad dorada». A su vez, si el modelo se lo mira desde la visión malthusiana, ello derivaría en la aberración de reducir la población o, finalmente, si se resuelve a la Kalecki, es por la vía de redistribuir el ingreso.

Luego aparece Solow con la propuesta de función de la producción neoclásica donde lo que ajusta es la relación capital-trabajo. El punto es que al hacer variable la relación capital-trabajo el modelo resuelve los dos problemas de Harrod. Esto es, no solo el modelo presenta la flexibilidad en uno de los parámetros como para que se alcance el equilibrio, sino que, además, el equilibrio resultante (ecuación diferencial de Bernoulli) es estable. Por otra parte, en paralelo Trevor Swan desarrolla un modelo de características similares. Sin embargo, cuando en 1957 Robert Solow testea empíricamente el modelo, el mismo solo explica el 15% del crecimiento.

En ese contexto es que aparece entonces la crítica de George Stigler de Chicago que sugiere que el modelo no contempla la existencia del capital humano, esto es, no se puede explicar el crecimiento económico sin involucrar al capital humano. En función de ello, en Chicago se abren dos líneas de investigación: una, que estudia la determinación de capital humano desde una mirada microeconómica desarrollada por Gary Becker y otra, donde el capital humano es analizado desde el punto de vista macroeconómico a cargo de Hirofumi Uzawa (el tutor de tesis de Miguel Sidrauski, uno de los cinco economistas más grandes de la historia argentina).

En esa disputa, los economistas de Boston salen del entuerto del modelo utilizando un truco matemático para incorporar el progreso tecnológico, aunque lo hace de modo exógeno. A su vez, para intentar corregir las falencias keynesianas del modelo de Solow, Edmund Phelps le inserta la determinación del nivel óptimo de consumo óptimo (de un modo muy precario), lo que arroja como resultado lo que la literatura denomina como «regla de oro». Sin embargo, tal solución distaba mucho de ser satisfactoria, por lo que Cass y Koopmans por separado son los responsables de derivar lo que hoy se conoce como el modelo de Ramsey; el cual es una adaptación de un modelo de ahorro óptimo desarrollado por dicho autor en 1928, mediante el cual derivaba el sendero óptimo de consumo. Sin embargo, estas mejoras no pudieron solucionar el problema del crecimiento que plantea el palo de hockey.

Al mismo tiempo, dentro de este enfoque, la incorporación del progreso tecnológico implica que la situación resultante no es la Óptima de Pareto, esto es, el análisis paretiano, tal como se lo plantea en la lógica neoclásica es contradictorio con el desarrollo tecnológico, puesto que un avance tecnológico conlleva a la destruc-

ción de otros mercados como, por ejemplo, el caso de las velas con la aparición de la electricidad. Naturalmente, casos como estos, dinamitan la validez del análisis, ya que, si hubiese que aferrarse a esta idea de óptimo, deberíamos mantener un férreo rechazo al progreso, esto es, en nombre del óptimo de Pareto deberíamos rechazar la luz eléctrica en nombre de los pobres productores de velas o la versión del estafador social (el político) que le cobra a las eléctricas para subsidiar las velas. Por ello, en términos dinámicos, el óptimo de Pareto carece de sentido. Sin embargo, el caso de Pareto es solo la muestra de un problema más grande que tiene que ver con el diseño de la estructura formal neoclásica, siendo el análisis de las firmas y la ausencia de la presencia de la figura del empresario dos elementos que no brindan una buena solución a la cuestión central de la economía que es el crecimiento y que si bien pueden desarrollarse una serie de trucos matemáticos para reconciliar los modelos con la evidencia, no dejan de ser trucos que brindan tranquilidad de conciencia vía el autoengaño.

A partir de 1983, luego de la publicación de la tesis doctoral de Paul Romer (lo cual da inicio a la literatura de crecimiento endógeno), tutorada por Robert Lucas Jr, quien a su vez había sido influenciado por Uzawa, se incorpora al capital humano en el crecimiento económico. En este sentido se rompe con la idea de que la población está determinada de manera exógena y señala que, cuando una persona incorpora conocimiento, es más productiva. Ello hace que lo aportado por el trabajo en el crecimiento deje de ser constante y pase a ser una función creciente conforme se incorporan conocimientos, lo cual rompe con la restricción que impone un crecimiento exógeno de la población. Sin embargo, si bien el truco matemático es de una enorme belleza, no deja de ser un truco matemático (el palo de hockey arrancó antes que la era del conocimiento).

En función de ello, en 1989, Gregory Mankiw, David Weil y Paul Romer hacen un testeo empírico del modelo, el cual, al incorporar el capital humano, cerca del 85% del crecimiento económico queda explicado. Si bien luce linda la historia, lo cual lleva a los autores a señalar que el debate queda concluido, no deja de ser la contrastación empírica de un lindo truco matemático. En efecto, si uno hiciera otro truco matemático (pero de características similares) y lo llamara progreso tecnológico, generaría el mismo resultado empírico. Por lo tanto, todos estos modelos no son más que un conjunto de trucos matemáticos para que mapeen con los números, pero sin correspondencia con el mundo real. De hecho, en todo esto sigue estando fuera el empresario. E insisto con este punto, porque quien hace que todas estas cosas se hagan tangibles es el emprendedor, figura que en la teoría neoclásica no difiere la función a la de un autómatas. En definitiva, desde los inicios, salvo por Adam Smith (un clásico), la estructura de la economía neoclásica no explica cómo mejorar la vida de los seres humanos que es lo que en el fondo queremos explicar y es lo que nos dio origen como ciencia.

6. Análisis neoclásico y avance socialista

Y como si todo esto fuera poco, el gran problema en términos dinámicos (que es lo que en última instancia queremos explicar), tenemos a liberales suscribiendo el disparate de los fallos de mercado. Como habíamos dicho, cuando la realidad no mapea con el modelo, se corta camino y se incurre en el grave error de concluir que se trata de una falla de mercado. Entonces si aparece un monopolio, o un duopolio, o una competencia monopolística, se lo va a llamar «no convexidad». Sin embargo, no se trata de un fallo

de mercado, sino que estamos frente a un problema de mal diseño desde el análisis matemático. Así, el problema es arrastrar un mal diseño matemático y, en vez de reconocerlo, se acaba echándole culpas a la realidad y se lo llama «fallo de mercado».

¿Cuál es el otro problema? Las externalidades. ¿Por qué son un problema las externalidades para esta gente? Para explicarlo, supongamos que mi consumo depende de lo que consume otro. Entonces yo no consumo porque el otro no consume. Si el otro tiene una función de esas características, pasa lo mismo. De nuevo queda expuesto que es un problema de índole matemática, no de la vida real. Es un problema matemático, de circularidad dentro de un sistema de ecuaciones. ¿Se dan cuenta de que es un disparate que a eso lo llamen fallo de mercado? No es un fallo de mercado, sino que se debe diseñar la matemática de otra manera.

El gran problema es que, debido a estas inexactitudes, aparece la corrección por parte del Estado para enmendar las supuestas fallas de mercado. Eso abre toda la parafernalia al intervencionismo y al consumo de capital: los impuestos pigouvianos, la regulación de los monopolios, los bienes públicos, etc. Y a partir de esa definición de Samuelson de la no exclusión y la no rivalidad con el ejemplo emblemático de los faros, aparece Ronald Coase que se toma el trabajo de explorar la evidencia empírica. Sucede que los faros eran todos privados en el siglo XIX. Insisto en que se trata de un problema de mala definición del modelo y que Coase lo vuelve evidente. Por ende, cuando el modelo no mapea con la realidad, no hay que enojarse con la realidad, sino que hay que cambiar el modelo. Se debe comprender que un modelo pretende ser una representación simplificada de la realidad.

El otro problema es la información asimétrica. ¿Acaso el problema de selección adversa o de riesgo moral lo va a resolver el Estado mejor que los individuos que son quienes están enfren-

tando el problema? ¿Tiene que venir el gobierno a explicarles el problema de *signalling*? Y lo más aberrante e insultante es el fallo de coordinación. Se asume que cada uno de los individuos que están frente a su respectivo problema no lo pueden resolver para el agregado (donde se impone un problema de información para justificar el fallo que deriva en la intervención), pero el gobierno, absolutamente ajeno a cada problemática individual, sí podrá resolverlos. Otra aberración que delata la fatal arrogancia.

A partir de todo esto, entonces, el análisis neoclásico de los fallos de mercado es lo que abre el juego a la intervención del Estado. Y esa intervención, como no tiene toda la información, no tiene forma de resolver el problema, ni en el modo estático ni dinámico, el resultado de la misma siempre es peor que la situación de origen. En este sentido, ya Hayek, Huerta de Soto, Kirzner e infinidad de autores de la Escuela Austríaca de Economía, han puesto en evidencia esta monstruosa presunción de conocimiento, donde el resultado emergente de la intervención es peor de lo que teníamos antes. Y cuando el intervencionismo vea la peor situación, seguramente va a pretender corregirlo con mayor intervención. Y el resultado va a ser aun peor. Entonces los economistas neoclásicos que dicen que el Estado está para corregir los fallos de mercado, aun siendo liberales, nos meten en un «camino de servidumbre», que vía «la fatal arrogancia» termina alimentando el avance del socialismo.

Por lo tanto, a la luz de problemas de diseño en el marco matemático del modelo de equilibrio general tanto estático como dinámico, los economistas neoclásicos aun con un espíritu verdaderamente liberal pueden terminar siendo funcionales al socialismo. Por eso entiendo perfectamente el enojo de Jesús Huerta de Soto contra los liberales clásicos porque terminan siendo funcionales a que seamos esclavos de un conjunto de delincuentes llamados políticos.